

Dodsworth
(DESENGAÑO)



Primera edición en REINO DE CORDELIA, abril de 2025

Título original: *Dodsworth*, 1929

Edita: Reino de Cordelia

www.reinodecordelia.es



@reinodecordelia



facebook.com/reinodecordelia



<https://www.youtube.com/c/ReinodeCordeliaor>

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

C/Agustín de Betancourt, 25 - 6º - pta. 13

28003 Madrid



El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

Traducción: © Susana Carral, 2025



MINISTERIO
DE CULTURA

DIRECCIÓN GENERAL DEL LIBRO,
DEL CÓMIC Y DE LA LECTURA



Lectura Infinita
#aperturapermanente

Esta obra ha recibido una ayuda a
la edición del Ministerio de Cultura

Ilustración de sobrecubierta: Cartel de la película *Dodsworth* (1936),
de United Artists Corporation

Ilustraciones de cubierta: Fotografías promocionales de la película

IBIC: FA | Thema: FB

ISBN: 979-13-87599-05-8

Depósito legal: M-7816-2025

Diseño y maquetación: Jesús Egido

Corrección de pruebas: María Robledano

Imprime: Técnica Digital Press

Impreso en la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Dodsworth

(DESENGAÑO)

Sinclair Lewis

Traducción de Susana Carral



Índice

<i>Prólogo</i>	9
DODSWORTH	15
Capítulo 1	17
Capítulo 2	27
Capítulo 3	43
Capítulo 4	57
Capítulo 5	65
Capítulo 6	83
Capítulo 7	91
Capítulo 8	103
Capítulo 9	115
Capítulo 10	127
Capítulo 11	141
Capítulo 12	183
Capítulo 13	201
Capítulo 14	209

Capítulo 15	221
Capítulo 16	243
Capítulo 17	265
Capítulo 18	279
Capítulo 19	297
Capítulo 20	321
Capítulo 21	335
Capítulo 22	351
Capítulo 23	375
Capítulo 24	401
Capítulo 25	415
Capítulo 26	431
Capítulo 27	449
Capítulo 28	463
Capítulo 29	475
Capítulo 30	485
Capítulo 31	501
Capítulo 32	517
Capítulo 33	529
Capítulo 34	543
Capítulo 35	555
Capítulo 36	565

Prólogo



Sinclair Lewis.

DECÍA MIGUEL DELIBES en *La hoja roja* que «la jubilación es la antesala de la muerte». Toda una declaración de pesimismo castellano que no comparten Fran ni su marido, Sam Dodsworth, cuando ya maduritos deciden alejarse temporalmente de la fábrica de automóviles que poseen en la localidad estadounidense de Zenith —nombre de ficción— para darse un garbeo por Europa y disfrutar de ese largo viaje de novios que el trabajo y después los hijos les impidieron realizar de recién casados.

Londres, París, Viena, Toledo... Cruceros, bailes en salones con lámparas de cristal, lujo, cócteles, teatros, ópera... Así hasta que un día él se da cuenta de que, después de veinticuatro años de matrimonio, no conoce en absoluto a su mujer, atrapada por la decadencia de la vieja Europa de entreguerras.

Dodsworth supone un paso al frente en la narrativa de Sinclair Lewis (1885-1951). Después de haberse mofado del estereo-

tipo del ciudadano norteamericano en títulos como *Calle Mayor* (1920), *Babbitt* (1922) y *Doctor Arrowsmith* (1925), y un año antes de obtener el Premio Nobel de Literatura en 1930—fue el primer escritor de su país que lo consiguió—, publicó esta novela donde por primera vez se reconcilia como autor con el protagonista, Sam Dodsworth, que da título a la obra.

En su libro *Prefiero M*¹, Noemi Guillermo asegura que se trata de un «retrato compasivo del hombre de negocios americano», y le atribuye «cierto tono autobiográfico». Cualquier lector no dudaría en llevarse a casa a Sam, pero cosa bien distinta sería adoptar a Sinclair, más dado a la bebida y los excesos que el pulcro, honrado y ejemplar ingeniero y empresario automovilístico.

Parece ser que escribió *Dodsworth* después de un viaje a



En 1935 con Dorothy Thompson y su hijo Michael.

Europa, separado ya de Grace Livingston Hegger y casado en segundas nupcias desde mayo de 1928 con Dorothy Thompson. Le iban las periodistas, porque Grace era editora de la revista *Vogue* y Dorothy columnista política. En la atracción de Fran por el decadente lujo europeo se atisba un soplo

de venganza del novelista contra su primera mujer.

Al margen de estas interioridades, está claro que era un escritor clarividente, porque en esta novela advierte cómo se desmorona una sociedad que camina hacia un nuevo conflicto,

¹ *Prefiero M y otras pasiones cinéfilas*, de Noemi Guillermo. Reino de Cordelia, Madrid, 2021.

la Segunda Guerra Mundial, que hará trizas la gloria de un pasado y obligará a los europeos a seguir el paso que les marcará en un futuro los Estados Unidos de América, lugar del que Fran desea alejarse lo más posible para huir del aburrimiento provinciano.

Como penitencia parece que Lewis no vio con tanta nitidez el *crack* que en 1929 hizo saltar por los aires la bolsa y, por tanto, la economía de su país. En cualquier caso, el capitalismo yanqui logró reponerse poco más de una década después para enviar sus tropas al otro lado del Atlántico y ayudar a derrotar a Adolf Hitler. ¡Cuánto ha cambiado el mundo!

La fascinación por Europa era algo habitual en varios de los escritores estadounidenses de la Generación Perdida. Las crisis matrimoniales también habían sido tratadas en la época por otros autores como Francis Scott Fitzgerald —*El gran Gatsby* (1925)— o William Somerset Maugham —*El velo pintado* (1925)—, pero Lewis resuelve el asunto con un giro de guion tan moderno y optimista que se adelanta en décadas a los usos narrativos del momento.

La obra de este escritor llegó a España muy pronto. Se ocuparon, entre otros, José Robles Pazos, el gran amigo español de John Dos Passos, traductor de *Manhattan Transfer*, que también vertió al español *Babbitt*. Sin embargo, *Dodsworth* no tuvo tanta suerte y hubo que esperar a 1958 para que Planeta la editase. Utilizó para ello una traducción realizada por Eduardo Warshawer y publicada en 1945 en la colección «Rosa de los Vientos» de la editorial Siglo XX, presumiblemente argentina, que rebautizó la novela como *Fuego otoñal*, muy en la línea de los títulos de otros autores que ocuparon el tiempo de este traductor, como Vicki Baum, la reina del *best seller* melodramático.

Llegó antes la adaptación cinematográfica de la novela que dirigió William Wyler en 1936 y se estrenó en España como *Desengaño*. En Argentina se llamó *Fuego de otoño*, título en el que sin duda se inspiró Warschaver. Su traducción se publicó por última vez en 1974, por lo que se hacía imprescindible actualizarla con una nueva que, como siempre, ha realizado impecablemente Susana Carral.

Wyler se basó para su película en la adaptación teatral del premio Pulitzer Sidney Howard, al que ayudó en la dramatización del propio Lewis —que previamente había rechazado el Pulitzer—. Protagonizada por Walter Huston, se estrenó en 1934 con enorme éxito en Broadway, donde permaneció en cartel dos temporadas antes de salir de gira por todo el país hasta alcanzar las 1238 representaciones. No es de extrañar que Samuel Goldwyn, que previamente había rechazado comprar los derechos cinematográficos de la novela por 20 000 dólares, aceptase pagar en ese momento 160 000.

La función teatral no se aparta demasiado de la novela, aunque, por motivos obvios, se suprimen algunos de los países a los que los Dodsworth viajan en el libro, como por ejemplo, España. El papel de Fran, la esposa frívola, recayó en Ruth Chatterton, y el de Edith Cortright fue finalmente para Mary Astor.

Aunque tanto la película como la adaptación teatral sobrepone el conflicto amoroso al choque entre dos culturas separadas por el Atlántico, una nueva y emergente frente a otra en proceso de desintegración, en líneas generales se mantiene la fidelidad al texto original. En ambos casos, el público se siente cada vez más identificado con Sam mientras va subiendo la antipatía que siente hacia Fran.



Ruth Chatterton y Walter Huston interpretan al matrimonio Dodsworth.

Noemi Guillermo refleja el encontronazo que se produjo durante el rodaje entre William Wyler y Ruth Chatterton por la visión que director y actriz tenían sobre el personaje de lady Dodsworth. «En la novela, Fran es una mujer frívola, egoísta y calculadora, una especie de *femme fatale* sin ninguna cualidad positiva —escribe en *Prefiero M*—. Chatterton se empeñaba en interpretar a Fran como una figura odiosa que no busca jamás la simpatía del espectador. Wyler, por el contrario, entendía que no era una mujer malvada, simplemente actuaba así porque tenía miedo a envejecer».

Desengaño llegó a la gala de los Óscars con siete nominaciones, aunque solo se llevó el de Dirección artística. A Sinclair Lewis le salió mejor la apuesta y *Dodsworth* contribuyó

decisivamente a que un año después se llevara el Premio Nobel de Literatura.

En su discurso de aceptación ante la Academia Sueca,



Walter Huston y Mary Astor.

lamentó la falta de autocrítica social de la literatura estadounidense, aunque elogió a autores como Theodore Dreiser, Willa Cather y Ernest Hemingway. Años después, en 1935, publicaría *Eso no puede pasar aquí*, donde narra la llegada al poder democráticamente de un presidente de los Estados Unidos que impone un estado fascista para hacer más grande a la nación, todavía débil tras la crisis económica de 1929. El presidente facha propone drásticas reformas económicas y sociales y el

rechazo a todo lo extranjero. ¿Les suena esa música?

Dodsworth —película y novela— es una obra moderna, que se adelanta a su tiempo al analizar las relaciones de un matrimonio de manera completamente alejada al romanticismo cursi y ñono. Fran y Sam se enfrentan del mismo modo que lo hacen el continente del que proceden y el que tanto le atrae a ella. Modernidad contra tradición en una obra densa y profunda que se lee con la facilidad propia de un clásico.

JESÚS EGIDO

Dodsworth

(DESENGAÑO)



Capítulo 1

LA ARISTOCRACIA de Zenith bailaba en el Keneepoose Canoe Club. Bailaba el *two-step* en el amplio porche, con sus columnas hechas con troncos de abeto y sus balanceantes farolillos chinos. Jamás se habían visto vestidos de baile con mangas tan anchas ni cabello tan sensualmente amontonado sobre unas sonrientes cabecitas; nunca una noche de agosto tan bañada por la luz de la luna, tan espaciosa y adecuada para el galanteo respetable.

Tres de los invitados habían llegado en esos nuevos automóviles modernos, porque el año era 1903, el clímax de la civilización. Se acercaba un cuarto vehículo, manejado por Samuel Dodsworth.

La escena formaba un cromo sentimental —un lago refrescante, las parejas en las canoas cantando «Nelly era una dama», todo muy lúgubre, porque Nelly muere en la canción, y alegre a la vez—, y a Sam Dodsworth le gustaba. Se trataba de un joven grande y formidable, con un abundante bigote

castaño y un caos de cabello del mismo color sobre una cabeza enorme. A sus veintiocho años, era director adjunto de esa institución tan ruidosa y poco dada a los sentimentalismos, la Zenith Locomotive Works, y en Yale (clase de 1896) había jugado al fútbol mejor que la media, pero le gustaban los tonos más románticos de la luz de la luna.

Esa noche se sentía especialmente animado porque conducía su primer automóvil y no era una de esas anticuadas calesas a gasolina con el motor bajo el asiento. El motor ocupaba un lugar prominente en el frontal, bajo un orgulloso capó de casi un metro de largo, y la columna de dirección no era recta, sino que iba elegantemente inclinada. Se trataba de un automóvil deportivo, bastante peligroso, y los faros resultaban potentes y eran de acetileno. Sam corría a la vertiginosa velocidad de doce millas por hora, con una sensación de poder, de dominio del universo.

En el Canoe Club lo recibió Tub Pearson, admirable con sus guantes blancos de cabritilla. Tub —Thomas J. Pearson—, robusto, bajo y alegre, bromista y dandi de la clase de Yale, había sido compañero de habitación de Sam Dodsworth y gran admirador suyo durante su estancia allí, pero ahora Tub había empezado a mostrarse irritablemente digno como cajero y futuro presidente del banco que su padre poseía en Zenith.

—¡Cómo corre! —se maravilló Tub mientras Sam se apeaba triunfante del automóvil—. ¡Tengo un caballo preparado para remolcarte a la vuelta!

Tub siempre tenía que resultar ingenioso, pasara lo que pasase.

—¡Y tanto que corre! Apuesto a que he alcanzado las dieciocho millas por hora.

—Sí, seguro que algún día los automóviles conseguirán correr a cuarenta millas —se burló Tub—. ¡Claro! ¡Echarán a los pobres caballos de las carreteras!

—Lo harán, sí. Y estoy pensando en comprometerme con esa nueva Revelation Company para fabricarlos.

—No lo dirás en serio, zoquete.

—Sí.

—¡Santo cielo! —protestó Tub en tono afectuoso—. ¡No hagas el tonto, Sambo! Mi padre dice que los automóviles no son más que una moda. Que son demasiado caros. Está seguro de que desaparecerán en cinco años.

La respuesta de Sam no fue demasiado lógica:

—¿Quién es ese ángel que está en el porche?

Si la joven a la que Sam señalaba era un ángel, lo sería de hielo: delgada, resplandeciente, rubia ceniza, de voz serena y muy fría mientras esquivaba las bromas elogiosas de media docena de admiradores; una joven como un candelero de cristal en medio de unos hombres que parecían bultos en blanco y negro.

—¿No te acuerdas de ella? Es Frances Voelker, Fran Voelker, la hija de Herman. Ha pasado un año en el extranjero y antes de eso asistió a un colegio de etiqueta para señoritas, en el Este. Es una mocosa, creo que no tiene ni diecinueve o veinte años. Eso sí, dicen que habla alemán, francés, italiano, guau-guau y todos los idiomas conocidos.

Herman Voelker se había ganado a pulso millones y respetabilidad. Su casa era prácticamente la más grande de Zenith —al menos tenía la mayor cantidad de torrecillas, vidrieras de colores y cortinas de encaje—, y él era el líder de los estadounidenses de origen alemán que suplantaban en todo el estado a los llegados de Nueva Inglaterra en el control de las

finanzas y el comercio. Invitaba a los profesores alemanes cuando acudían a pronunciar conferencias y a echar un vistazo, y se comentaba que una de las fotografías coloreadas a mano que se había traído hacía poco de Núremberg valía casi diez mil dólares. Herman era un ciudadano respetable y su cerveza amarga de las mejores, pero parecía un milagro que aquel burgués con rostro del color de la carne de vaca vieja tuviese una hija tan serena y luminosa como Fran.

Al mirarla, Sam Dodsworth se sentía tan torpe como un San Bernardo que observa a un gatito blanco. Mientras profetizaba el triunfo del automóvil, mientras bailaba con otras jóvenes, observaba el baile liviano y la risa de ella. Normalmente, las chicas no le daban miedo, pero Fran Voelker parecía demasiado frágil para sus gruesas manos. No habló con ella hasta que uno de sus acompañantes la dejó, sobre las diez de la noche, cual Coribante ruborizada, en una silla próxima a la de Sam.

—¿Se acuerda de mí? Dodsworth. Hacía años que no la veía.

—¿Que si me acuerdo? ¡Cielos! Me preguntaba si se iba a fijar en mí alguna vez. Solía robarle el periódico a papá para leer las noticias sobre sus heroicidades en el fútbol. Y en una ocasión, cuando yo era un diablillo encantador de ocho años, usted me persiguió para echarme de su huerto por robar manzanas.

—¿De verdad? Pues ahora no me atrevería. ¿Bailamos la siguiente?

—A ver, déjeme ver. Oh, la siguiente me toca con Levering Mott, que ya me ha destrozado los zapatos. Sí.

Aunque Sam no bailaba con excesiva elegancia, sus parejas siempre sabían dónde estaban: con Sam Dodsworth. Poseía

fuerza y decisión suficientes para que las jóvenes comprendieran quién dirigía el baile. Con Fran Voelker se sintió inspirado y bailó el vals como si estuviera orgulloso de la resplandeciente carga que sujetaba. La sostenía con ligereza y, según la casta costumbre de la época, llevaba las manos enguantadas. Pero las yemas de sus dedos percibían una corriente derivada del cuerpo de ella. Sabía que era la joven más exquisita del mundo; sabía que se iba a casar con ella y que siempre la adoraría; sabía que, tras años de incertidumbre en relación al sentido de la vida, ya había dado con él.

«Es como un lirio..., no, demasiado alegre. Es como un ruiseñor..., no, demasiado señorial. Es... ¡Oh, es puro fuego!».

A medianoche se sentaron a hablar junto al lago. Sobre el agua moteada, porque la veían a través de una nube de hojas de sauce, los jóvenes de las canoas cantaban «Mi viejo hogar de Kentucky». Zenith continuaba viviendo en los días felices de William Dean Howells; ser duro y enérgico y saber de radios, *jazz* y ginebra aún no se había convertido en el deber de los jóvenes.

Fran era una sombra blanca, con un chal de encaje por encima de su ligero vestido de baile amarillo, mientras se acomodaba sobre un periódico que él había extendido para ella sobre la hierba. Sam temblaba un poco y parecía pretencioso, muy infantil.

—Supongo que lo habrá visitado todo en Europa.

—Más o menos. Francia, España, Austria, Suiza y... Oh, he visto el monte Cervino al ocaso y Santa Maria della Salute al amanecer. Y he estado a punto de morir congelada por culpa del mistral en Aviñón.

—Imagino que en Zenith se aburrirá.

Ella se rio de una forma adecuada y discreta.

—No soy uno de los viajeros de Thomas Cook. Sé tanto de Europa que sé que no sé nada. En francés solo soy capaz de pedir el desayuno. Dentro de seis meses, de Alemania solo recordaré el nombre de diecinueve ciudades y el aspecto de la Potsdamer Platz mientras esperas para coger un *droshke*. Pero usted sí que ha hecho cosas. Por cierto, ¿a qué se dedica ahora?

—Soy director adjunto en la Locomotive Works. Pero me la voy a jugar y... ¿ha viajado alguna vez en automóvil?

—Sí, en varias ocasiones, en París y en Nueva York.

—Pues yo creo que dentro de veinte años, digamos que en 1923 o 24, serán tan comunes como ahora lo son las calesas. Voy a formar parte de una nueva compañía, la Revelation Automobile Company. Cobraré menos, pero es una buena apuesta. Tiene un futuro maravilloso. Últimamente he perfeccionado el dibujo mecánico y creo que deberían dejar de imitar a los carruajes. Crear..., ya sé que parece demasiado intelectual, pero me refiero a lo que podríamos llamar una nueva clase de belleza para los automóviles, por ejemplo, usando líneas rectas y alargadas para hacerlos más ágiles, más aerodinámicos. El jefe de la Revelation cree que estoy loco. ¿Qué opina usted?

—¡Me parece espléndido!

—Y me he comprado un automóvil.

—¿De verdad?

—Permita que la lleve a casa esta noche.

—No, lo siento. Mamá viene a buscarme.

—Tiene que permitir que la lleve a dar un paseo... ¡y pronto!

—Tal vez el domingo que viene... Ahora deberíamos volver a la casa club, ¿no le parece?

Sam se puso en pie dócilmente. Cuando la ayudaba a levantarse, al sentir el roce de sus pequeñas manos, murmuró:

—Algún día, me encantaría ver Europa. Cuando me gradué, pensé en ejercer como ingeniero de caminos, canales y puertos y ver la jungla brasileña, China y muchos sitios más, como si fuera un personaje de Richard Harding Davis, pero..., en cualquier caso, a Europa sí iré. Tal vez me encuentre allí con usted y sea tan amable de enseñarme algunos sitios.

—¡Me encantaría!

Ah, si ella deseaba Europa, él la dominaría y se la ofrecería en una bandeja de oro bruñido.



LA LLAMÓ POR TELÉFONO cuando debería haber estado instalando maquinaria en la Revelation Automobile Company. Salió a pasear con ella en su automóvil nuevo y tuvo mucho cuidado, aunque hubo un instante en que se atrevió a llegar a diecisiete millas por hora. Acudió a cenar a casa de los Voelker, en un comedor de vigas talladas como el de una *Hofbräuhaus*¹, y Sam temió que si a Fran la alimentaban de esa forma —con ganso asado, repollo relleno y sopa con *Leberknödel*²— no tardaría en perder su finura de caballo de carreras.

Incluso llegó un momento en el que, al recordar la promesa realizada en el Instituto Tecnológico de Massachusetts, tras graduarse en Yale, de que saldría de Estados Unidos para ver el gran mundo, se advirtió a sí mismo que entre Fran y atarse

¹ Cervecería alemana. (Todas las notas son de la traductora).

² Plato tradicional de las cocinas alemana y austriaca.

a la nueva e inaplazable industria automovilística, se quedaría atrapado de por vida. Esa imagen de sí mismo como héroe de 'Richard Harding Davis regresó a él con nostalgia: Se imaginó siguiendo una senda de montaña que se empinaba seiscientos metros por encima de un valle humeante de calor; se vio con salacot y bombachos de pana; sintió la lluvia tropical caer sobre una chabola de tejado de hojalata; oyó un disparo en la oscuridad mientras permanecía sentado frente a una botella de ginebra con un vagabundo harapiento de noble linaje. Pero su mente regresó a la emoción que provocaba en ella la imagen de Fran: su cabello como vidrio hilado; sus manos, que transmitían una especie de energía y cosquilleo; sus labios, que no paraban de fruncirse con aire seductor; su charla, que de repente se convertía en silencio inexplicable; su fría seguridad, que lo hacía sentir desorientado y torpe.

Un día se encontraban recorriendo los acantilados que bordean el río Chaloosa en medio de una gris llovizna de noviembre. Las mejillas de Fran ardían e iba tarareando, pero, cuando se detuvieron a observar la capa de ramas arrancadas que había dejado el desbordamiento del río, Sam sintió que debía mostrarse protector. Ella era demasiado menuda y valiosa para soportar la dureza de la lluvia otoñal. Cubrió el gabán de lana inglesa de Fran con el borde de su impermeable.

—¡Debes de estar empapada! Soy un animal por mantenerte a la intemperie.

Ella sonrió, muy cerca de él.

—¡Me gusta!

Le pareció que se había arrimado más a él. La besó por primera vez y lo hizo muy mal.

—¡Oh, por favor, no! —rogó ella, un tanto escandalizada tras haber perdido su serenidad.

—¡Fran, tienes que casarte conmigo!

Se libró de la protección del impermeable de él y, con los brazos en jarras, dijo con picardía:

—¿De veras? ¿Se trata de una nueva ley?

—¡Sí!

—Ha hablado el gran atleta de Yale, el magnate del automóvil.

Y él, muy serio:

—No, solo un pedazo de carne asustada que te confiesa su adoración.

Ella continuó observándolo entre las malas hierbas de la ribera, enlodadas por el otoño. Lo miraba con descaro, pero se vino abajo de repente, se cubrió los ojos con las manos y, mientras él intentaba secar sus mejillas con un pañuelo enorme, ella sollozó:

—Oh, mi querido Sam, ¡es que soy tan avariciosa! Quiero el mundo entero, no solo Zenith. No quiero ser una buena esposa y madre y jugar bien al *cribbage*. ¡Quiero esplendor! ¡Grandes horizontes! ¿Podemos buscarlos juntos?

—¡Lo haremos! —respondió Sam.



EN 1908, CUANDO LLEVABA cinco años casado con Fran Voelker y ya habían tenido dos hijos, Emily y Brent, Samuel Dodsworth tuvo que luchar de verdad dentro de la Revelation Automobile Company.

Sus superiores tanto lo valoraban por su constancia y su aplicación como se preocupaban porque era un soñador. Decían que su locura era como la de los poetas. No solo se atrevía a blasfemar contra los dogmas del diseño automovilístico de Renault-Darracq, no solo continuaba afirmando que era necesario agilizar la carrocería, sino que insistía en que los mayores beneficios se obtendrían vendiendo los automóviles al precio más barato posible y a la mayor cantidad de clientes. En 1908 solo era subdirector de producción, pero poseía un pequeño paquete de acciones y su suegro, el corpulento Herman Voelker, poseía más. Resultaba difícil despedir a Sam, aunque le mascullase al presidente de la compañía: «Si se empeña en que el Rev siga pareciendo una calesa de un solo pasajero, iremos a la bancarrota».

Intentaron comprar su parte y Sam, que siempre se había concentrado en los planos y las piezas fundidas, tuvo que aprender diversos trucos de financiación: bonos, transferencia de acciones, préstamos a la vista, descuentos a los vendedores. Respaldado por el dinero de Voelker, consiguió un veintitrés por ciento de las acciones, lo nombraron vicepresidente y director de producción, sacó el primer modelo de cuatro puertas y vio cómo el Revelation se convertía en el gran éxito de la temporada en Estados Unidos y en uno de los coches más vendidos durante veinte años.

En esos veinte años, lo más cerca que estuvo de la jungla brasileña fue durante sus viajes a Wall Street, y de las tintineantes pagodas, en la delegación que la Revelation tenía en Kansas City.

Pero estaba demasiado ocupado para sentirse insatisfecho. Además, lograba convencerse de que Fran lo amaba.

Capítulo 2

SAMUEL DODSWORTH descubrió que había una tormenta de nieve, casi una ventisca, arremolinándose en su casa. Cerró las ventanas de golpe y volvió a meterse en la cama hasta que la habitación se caldease. Ya no se movía con la agilidad de antes y sus canas asomaban por encima del pijama de seda con alamares que Fran insistía en comprar para él. Era rico y sereno, pero estaba cansado y aparentaba más de los cincuenta años que tenía.

Fran dormía en la más alejada de las camas gemelas, unas estructuras enormes de nogal con cortinas de seda amarilla. Sam miró a su alrededor. A veces se preguntaba si aquel dormitorio no sería demasiado sofisticado, aunque su ornamentación solía gustarle, no solo como símbolo de éxito, sino debido a que satisfacía el sibaritismo de Fran. Se fijó, complacido, en la *chaise longue*, sobre la que descansaba una bata verde y plateada; en el escritorio, en el que había papel de carta y sobres con las iniciales impresas, todo muy serio, casi

inglés y elitista; la mesilla de noche de Fran, con su despertador de viaje mecánico, sus cigarrillos y las últimas novelas; el baño, con su alicatado púrpura.

Fran se estiró, suspiró y, mientras él se reía entre dientes porque parecía una niña que intenta regresar a sus sueños, enterró los ojos con furia en la almohada de encaje, arrugada tras tantas horas de sueño constante.

—No sirve de nada —dijo él. Su voz intensa la acarició—. Sabes que estás despierta. ¡Arriba! Enfrentate a los problemas de la humanidad y al pomelo.

Ella se sentó y lo miró con el asombro que le provocaba estar casada y del que nunca se había librado por completo, interrumpió un bostezo con una sonrisa y se alborotó el cabello cortado por encima de los hombros, con la nuca al aire y aún rubio ceniza, sin canas. Si Sam resultaba mayor de lo que era, ella parecía mucho más joven. En ese momento, 1925, tenía cuarenta y un años, pero sonrosada por el sueño aparentaba treinta y uno.

—Voy a desayunar en la cama estás fumando otra vez antes de desayunar no he desayunado en la cama desde ayer —bostezó ella con gesto amable mientras él movía sus fornidas piernas para descansarlas sobre el edredón de satén lila y encendía un cigarrillo.

—Sí. Quédate en la cama. A mí también me gustaría hacerlo. Condenada tormenta de nieve —dijo al tiempo que se giraba y estiraba para acariciarle el cabello y acurrucaba su rubicunda mejilla junto a la de ella, suave y muy blanca—. Por cierto, ¿me he acordado alguna vez de decirte que te adoro?

—A ver, déjame ver... no, creo que no.

—¡Cielos!, me estoy volviendo despistado. Le pediré a mi secretaria que me recuerde que debo hacerlo mañana. Ahora en serio, ¿te das cuenta de que hoy por fin damos por terminada nuestra relación con la Revelation Company? Casi me da pena.

—No, ¡a mí no me da pena! Estoy encantada. Serás libre por primera vez en todos estos años. Podremos irnos a algún sitio. ¡Oh, no te comprometas con algo nuevo! Sería una bobada. Tenemos dinero de sobra y tú no paras de preocuparte: «Hay que cambiar el diseño del flotador del carburador..., hay que vender más coches en el territorio comprendido entre Medicine Hat y Woolawoola». ¡Es una bobada! ¿Qué importa? Toca el timbre para que venga la doncella, querido.

—No, puede que no importe, pero me gusta cumplir con mi deber. Es una especie de batalla: resulta divertido ganar al oponente y lograr unas ventas impresionantes. Aunque estoy cansado. No me importaría escaparme a algún lugar de Florida.

—¡Vámonos!

Sin rechistar, le había acercado a su mujer el pesado espejo de plata, el cepillo y el peine, la polvera y la bata de brocado chino, demasiado espléndida para usarla solo en casa. Cuando se hubo envejecido un poco al intentar rejuvenecerse, se sentó en la cama para leer el *Advocate-Times* de Zenith. Aunque diese la impresión de delicadeza y agradable inutilidad, no había nada delicado en sus mordaces comentarios sobre las noticias. Parecía una mujer muy ocupada, miembro de muchos comités.

—¡Mmm! Ese idiota del concejal Klingenger se va a oponer a nuestra ley de parques infantiles, ¡le retorceré el cuello! Las Hijas de la Revolución Estadounidense quieren organizar otra representación de escenas históricas. ¡No pienso ser Martha Washington! Tú puedes ser George. Tienes su odiosa majestuosidad.

—¿Yo? —preguntó mientras salía del baño—. Soy un payaso. ¡Espera a verme en Florida!

—Sí, jugando a lanzar herraduras. ¡No me extrañaría nada, querido! ¡Ja! Aquí dice que el Candlelight Club quiere contar con una conferencia de Hugh Walpole para la próxima temporada. Me ocuparé de que nuestro comité lo traiga antes que ellos.

Sam se vestía despacio. Siempre usaba trajes serios y grandes, en color marrón, gris o azul, de corte bueno y caro, no demasiado interesantes, con corbatas de seda decorosas y aburridas, y sin joyas, salvo un reloj con leontina. Pero, aunque lo que llevase pudiera pasar inadvertido, se notaba que era alguien importante, un gran ejecutivo, alto, ancho de pecho, de ojos amables y nunca agresivos, pero de boca seria, con medialunas de arruguitas en las comisuras. Su bigote castaño y con canas, que cada semana recortaba el mejor barbero del mejor hotel, resultaba tan excéntrico y llamativo como un felpudo.

Se arreglaba como los hombres que no desperdician movimientos y, además, podía confiar en una perfecta organización doméstica: su mano se alargaba con total seguridad hacia la alta torre de camisas (Fran las encargaba en Jermyn Street) apiladas en el gigantesco armario flamenco, y hacia el glacial grupo de cuellos, siempre inspeccionados por la criada y descartados al más mínimo indicio de desgaste. Se hizo el nudo de la corbata sin prisas, con la precisión eficiente, sin riesgos, de quien ha introducido tanta «eficiencia científica» en su hogar como en su fábrica.

Le dio un beso a Fran y, mientras ella mordisqueaba unas mollejas y bebía café a pequeños sorbos, como un pajarito, él bajó al comedor, adornado con vigas de roble. Junto a un

segundo ejemplar del *Advocate* y otro de un periódico de Chicago, se tomó lenta y concienzudamente un zumo de naranja, gachas de avena con nata, panceta ahumada, bizcocho de maíz con sirope y café, en una taza el doble de grande que la que Fran meneaba en su manita, arriba, al tiempo que despachaba con rapidez el periódico.

Habló poco con la doncella, aunque con amabilidad, como quien está seguro de que será bien atendido. Ni siquiera se irritó demasiado cuando le informaron de que Emily, su encantadora hija, había permanecido hasta tarde en un baile y no bajaría a desayunar. Le gustaba el cotilleo mañanero de Emily, pero no se le ocurría exigir su presencia; no se le ocurría exigirle nada a su hija. Sonrió al leer la carta de Brent, su hijo, que estudiaba en Yale y ya estaba en tercero.

Samuel Dodsworth era el auténtico magnate estadounidense de la industria: creía en el Partido Republicano, en la política protectora de los aranceles elevados y, mientras no lo molestasen personalmente, en la Ley Seca y la Iglesia Episcopal. Ocupaba el puesto de presidente de la Revelation Motor Company, era millonario —aunque no multimillonario—, su enorme casa estaba en Ridge Crest —la calle más de moda de Zenith—, tenía gusto para los aguafuertes, no utilizaba demasiados anacolutos y a veces disfrutaba de Beethoven. Sin duda producía unos automóviles excelentes (eso daba por sentado cualquier observador), y pronunciaba unos discursos impresionantes frente a los vendedores, pero jamás amaría de forma apasionada, perdería trágicamente ni se sentaría ocioso y satisfecho en la costa tropical.

Para definir lo que Sam Dodsworth era a los cincuenta años, resulta más sencillo indicar lo que no era. No era ninguna

de esas cosas que la mayoría de los europeos y muchos estadounidenses esperan de un líder de la industria norteamericana. No era un burgués intolerable y pagado de sí mismo, no era rotario, tampoco miembro de la Benevolente y Protectora Orden de los Ciervos, ni colaboraba en lo posible con su iglesia. Casi nunca alzaba la voz, nunca daba una palmada en la espalda y, desde 1900, solo había asistido a seis partidos de béisbol. Conocía a la perfección a los burgueses intolerantes y a los aficionados al béisbol, pero solo los trataba por motivos de trabajo.

Aunque el verso libre y el cubismo lo aburrían, le gustaban Dreiser, Cabell y Proust, al menos lo que había logrado entender de él gracias a sus muchos esfuerzos. Jugaba al golf razonablemente bien y no solía hablar de sus resultados. Le gustaban los campamentos de pesca en Ontario, pero nunca aceptó que fuese mejor dormir sobre un lecho de ramas de abeto que en un colchón. Era la quintaesencia del sentido común, tenía la energía y fiabilidad de una máquina, le gustaban el whisky, el póquer y el fuagrás, y siempre soñaba con motores como rayos, igual que los poetas menos modernos que él soñarían con estrellas, rosas y ninfas junto a un estanque.

Le habían impuesto una crisis vital porque su Revelation Company iba a ser absorbida por la Unit Automotive Company —la imperial UAC—, con sus siete marcas de motores, sus fábricas de carrocería y sus mil millones de capital. Alec Kynance, presidente de la UAC estaba en Zenith y ese mismo día iban a realizar el traspaso de valores definitivo.

Sam habría querido luchar contra la UAC para conservar la independencia de esa creación a la que había dedicado veintidós años, pero sus colegas directivos tenían miedo. La

UAC podía sacar al mercado un automóvil tan bueno como el Revelation a un precio inferior y echarlos del mapa. En caso necesario, la UAC podía vender a pérdida durante un año o dos. Pero querían la marca Revelation y la pagarían. Además, los cosacos de la UAC no eran malos tipos. No trataban a Sam como a un cautivo, sino como a un igual, a un guerrero, al que recibían con los brazos abiertos en su ejército, más grande que el de él; de modo que al final Sam se ocultó a sí mismo la convicción de que los de la UAC, con su producción a gran escala, abaratarían y echarían a perder el Revelation y convertirían su rayo en un mechero estandarizado, y aceptó su generosa oferta de compra.

Si lo pensaba de forma abstracta, no se sentía feliz. Pero desde sus primeros tiempos en el instituto de Zenith estaba perfectamente adiestrado para no dejarse llevar nunca por algo tan destructivo como la abstracción.

Sam subió pesadamente las escaleras y se encontró a Fran, muy enérgica, bastante animada y aún con su bata de brocado, inclinada sobre su escritorio y escribiendo notas a toda prisa: sugerencias para sus seguidores de los distintos clubes a los que pertenecía, órdenes para los secretarios de las asociaciones a las que apoyaba —asociaciones para el estudio de la democracia, instituciones para los ciegos, sociedades para la recopilación de datos estadísticos sobre el efecto del alcohol en los braceros de las plantaciones del Misisipi—. Le interesaban todos los aspectos de dichas asociaciones salvo, tal vez, los fines para los que las habían fundado, y no había ni un solo político de Indiana que resultase más mañoso dando coba al enemigo, asesorando al amigo y levantando una maquinaria política para lograr... nada en concreto.

Le dedicó una amplia sonrisa al verlo entrar, pero de repente le dijo:

—Siéntate, por favor, quiero hablar contigo.

(«Cielos, ¿qué habré hecho ahora?»). Se sentó dócilmente en una silla tapizada en *chintz*.

—¡Sam! Llevo un tiempo pensándolo. No quería hablarlo contigo hasta que hubieras acabado por completo con el asunto de la UAC, pero temo que te lées con algún otro trabajo y... ¡yo quiero ir a Europa!

—Pero...

—Espera. Esta podría ser nuestra única oportunidad, la única vez que estés libre hasta que ya seamos tan mayores que no nos apetezca andar por ahí. ¡Aprovechemos la oportunidad! Cuando volvamos tendrás tiempo de crear una decena de nuevos tipos de automóviles. Lo harás mucho mejor tras haber desconectado de verdad, tras haber descansado como nunca. No quiero pasar allí solo unos meses, sino un año entero.

—¡Cielo santo!

—Sí, asómbtrate, pero piénsalo. Emily se casa el mes que viene, así que ya no nos necesitará. Brent tiene amigos de sobra en la universidad y no nos va a necesitar. Yo puedo librarme de esta pesadez de los clubes y de todo lo demás. No significan nada, son pura ficción para mantenerme ocupada. Soy una mujer muy activa, Sam, y quiero hacer algo que no sea holgazanear en Zenith. ¡Piensa en todo lo que podríamos hacer! Pasar la primavera en los lagos italianos, cruzar el Tirol en automóvil, disfrutar de la temporada social de Londres... No he visto Europa desde que era una niña y tú nunca has estado allí. ¡Pásatelo bien por una vez! Confía en mí, cariño, por favor.

—Bueno, podría resultar agradable huir de la rutina diaria. Me gustaría visitar las fábricas de Rolls Royce y Mercedes. Y ver París y los Alpes. Pero un año... es mucho tiempo. Creo que acabaríamos por cansarnos de Europa, de vivir en distintos hoteles... Y lo cierto es que no he hecho ningún plan. El asunto de la UAC ha sido demasiado repentino. Me gustaría ver Italia. Esos pueblos encaramados en las colinas deben de ser de lo más curioso. Y tan antiguos... Lo hablaremos esta noche. *Auf Wiedersehen*, señora mía.

Se fue caminando pesadamente, en apariencia tan leal como un viejo terranova e igual de poco dado a preocuparse por algo más complejo que el lugar donde esconder sus huesos. Pero sentado, muy erguido, en su limusina, mientras Smith lo llevaba a la ciudad, se sentía muy inquieto.

Esos momentos en el coche eran los únicos en los que estaba a solas. La gente —su esposa, su hija, su hijo, sus criados, el personal de su oficina, los amigos con los que almorzaba y los del campo de golf— lo asediaba como en sus tiempos frenéticamente populares de la universidad, cuando había sido su deber para con Yale mostrarse atlético y agradable, y nunca jamás estar a solas, desde luego nunca sentarse a pensar. Todos acudían a él, se arremolinaban a su alrededor, buscaban su consejo y su dinero y el apoyo espiritual que encontraban en su aburrida prudencia. Sin embargo, a él le gustaba estar a solas, le gustaba meditar e intentaba resarcirse durante esos recorridos mañaneros.

«Fran tiene razón —pensó preocupado—. Será mejor que no permita que comprenda cuánta razón tiene o me arrastrará a Londres sin dejarme siquiera hacer el equipaje. Me pregunto si... Oh, sí, claro que sí, se preocupa por mí, y mucho. Aunque

a veces me gustaría que no fuera tan buena organizadora. Intenta divertirme haciéndose la gatita coqueta, pero no lo es, no lo es ni de broma. Es un galgo. En ocasiones, cuando estoy cansado, me gustaría que solo deseara acurrucarse conmigo, sin hacer nada más. Es voluble como el mercurio. Y el mercurio se endurece cuando intentamos comprimirlo. Oh, eso no es justo. Ha sido la mejor de las esposas. Con tanto trabajo no he dedicado tiempo suficiente a cortejarla. Pero estoy harto del trabajo. Me apetece sentarme con calma, charlar y lograr conocerme a mí mismo. ¡Y ya estoy harto de estas calles!».

La limusina luchaba por abrirse camino entre una tormenta de nieve racheada, patinando levemente sobre el asfalto helado, chirriando y esforzándose como si ascendiese un ventisquero. Las ventanillas estaban engalanadas de escarcha. Usando la palma de su guante, Sam despejó con impaciencia un hueco por el que mirar.

Se deslizaban por Conklin Avenue, donde las ráfagas de nieve aportaban la desolación de un campamento maderero a las deprimentes hileras de viejas mansiones de ladrillo rojo cuya decadencia las había convertido en pensiones, a las tiendas baratas de comestibles, las sucias lavanderías, las pequeñas y sombrías funerarias y las casas de comidas con sus descarados carteles que anunciaban «Comida» a secas y que nunca resultaban cautivadoras, mientras que la amplitud de la calzada la volvía menos acogedora y más hostil. A cada lado había calles de carteles que anunciaban aceite y cigarrillos, de cabañas de madera de un solo piso que se alzaban entre bloques de apartamentos de ladrillo amarillo, pasados de moda y tristes bajo la nieve sin sol. Se trataba de una zona de pobreza sin pintoresquismo, de trabajo sin esperanza.

—¡Dios!, me gustaría alejarme de todo esto. Resultaría muy agradable ver el Mediterráneo y disfrutar de un poco de sol —murmuró Sam en voz muy baja—. ¡Iremos!

Las oficinas centrales de la Revelation Motor Company se encontraban en un inmenso edificio de cristal y mármol situado en Constitution Avenue, Norte, por encima de Court House Square, frente al llamativamente nuevo rascacielos del Plymouth National Bank. La entrada a la planta de los ejecutivos era como el vestíbulo de un hotel pretencioso: sala de espera con brocados, tapices y estilo renacentista de Grand Rapids. Luego algo que parecía un montón de mesitas en las que había un sinnúmero de mecanógrafas, todas muy ocupadas, y un sinnúmero de oficinistas, todos agitando papeles, y una hilera de despachos privados similares a las salas de exposición de una mueblería y que se distinguían por sus enormes mesas que imitaban a las de los refectorios, cubiertas con enormes láminas de vidrio, fanáticamente limpias de cualquier muestra de papel y presas de un alegre desorden.

La llegada del presidente Dodsworth era como la de un general al mando. «¡Buenos días!», rugía el portero de uniforme, sargento retirado. «¡Buenos días!», trinaba la joven de recepción, un encanto cuyo caballero amigo al parecer ocupaba un puesto muy alto en el negocio de las pieles. «¡Buenos días!», manifestaban las mecanógrafas y los oficinistas, moviendo las cabezas como hojas agitadas por una brisa oscilante mientras él pasaba entre todos ellos. «¡Buenos días!», entonaba la taquígrafa privada de Sam al verlo entrar en su despacho. «¡BUENOS DÍAS!», gritaba su secretaria, una joven tirana ofensivamente enérgica. Incluso el judío pelirrojo que era el chico de los recados, mientras se hacía cargo del abrigo de Sam y lo colgaba

de manera que nunca se secaba, se dignaba a soltar un «buenos días, jefe».

Sin embargo hoy, tanto servilismo, que normalmente no desagradaba al Gran Hombre, le resultó molesto. Tanta actividad, esa prueba de que tanta gente enviaba cartas sobre asuntos que se presumían de importancia, le pareció irritantemente excesiva. ¿Qué importaba si conseguía otros cien mil dólares más para legarle a Brent? ¿Qué importaba si John B. Johnson de Jonesburg se quedaba o no con la delegación local de la Revelation? ¿Por qué esos cientos de jóvenes estaban dispuestos a convertirse en máquinas para agitar papeles e inclinar la cabeza ante su presidente?

El Gran Hombre se acercó a su escritorio, se puso las gafas y se dignó a recibir un informe de existencias, como quien construye imperios.

Pero el Gran Hombre pensaba: «¡Me agotan, pobres diablos! ¡Venga, Fran, vámonos! ¡Vámonos hasta China!».

Alec Kynance, presidente de la Unit Automotive Company, no llegaría hasta media hora después, con su regimiento de oficinistas, abogados y secretarios. Dejándose llevar por un impulso, Sam le dijo a su taquígrafa:

—Señorita Rachman, acérquese, por favor, a la agencia de viajes del Thornleigh y sea tan amable de traerme todos los folletos sobre barcos de vapor y toda la información sobre viajes a Europa que tengan allí. Y también de viajes alrededor del mundo.

Mientras aguardaba, repasó los papeles de la bandeja que su secretaria había depositado con reverencia sobre su enorme escritorio cubierto de vidrio. Hacía pocos días, esos asuntos le resultaban importantes, tanto como órdenes dadas en plena

batalla, pero ahora que la Revelation Company ya no era suya...

Suspiró y revolvió los documentos con indiferencia: El informe secreto sobre la disipación del director de la División Noroeste. Los planes de la agencia de publicidad para las noticias sobre la unión de la UAC y la Revelation, que iba a ser anunciada con llamativo y feliz regocijo público. ¿Qué importaban ahora, que había pasado de ser el jefe de una banda de bandidos a ser un simple oficinista?

Por primera vez admitió que si se iba a la UAC, aunque fuese como vicepresidente, no sería más que un simple chico de los recados. No podría tomar decisiones audaces. Le habían arrebatado el orgullo de innovar, que suponía uno de sus pilares en la vida, aunque no sabía quiénes eran los responsables. No solo se trataba de Alec Kynance y otros cuantos directivos de UAC. Formaban parte de una expansiva crecida industrial que se lo iba a llevar por delante. Le darían una casa más grande y un yate, pero no le darían un trabajo que en realidad le pertenecía. Había ayudado a construir una máquina que se alejaba de él a toda velocidad. Ya no contaba con la dignidad del artesano. No fabricaba nada, no significaba nada, ya no era Samuel Dodsworth, sino que solo formaba parte de una multitud cuyos miembros se empujaban con fuerza los unos a los otros para llegar a ninguna parte.

Se acercó a la ventana. En medio de la nieve, el alto edificio del Plymouth National Bank aspiraba a parecer una catedral: veinte plantas grisáceas de líneas verticales ininterrumpidas que ascendían y cuyo final la nevada le impedía ver. Poseía nobleza, pero parecía cruel, tan solitario y despectivo ante los amables esfuerzos humanos como una torre

olvidada en medio de la estepa de Siberia. ¡Con qué indiferencia lo vería morir de hambre y de frío!

Se entregó aliviado al estudio de los folletos de viaje cuando su taquígrafa regresó: una joven alegre que sacudía la nieve acumulada en su sombrerito campana y que le sonreía, asegurándole que era real y que aún conservaba alguna importancia. Luego se perdió entre las fotografías... Las paredes titánicas del Gran Cañón, con sus columnas escarlatas y pirámides naranjas. Un camino de color ámbar oscuro en Argel, con un sol achicharrante, los camellos cabeceando y sus guías con turbantes y rostros morenos y malignos. St. Moritz a la sombra de las montañas y una chica guapa en un tobogán. Una terraza en Cannes, desde la que, entre higueras, palmeras y cascadas de rosas, se veía el mar con una solitaria faluca. Un valle de campos que parecían retales de colores visto desde un inhóspito peñasco de Dartmoor. Niños japoneses jugando entre cerezos, junto a un templo diminuto. La madera oscura de las casas medievales esculpidas que se alzan en la plaza Römerberg de Fráncfort. El Gran Canal, con las fantásticas columnas de la *piazzetta* y los suaves tonos rosado y crema del palacio ducal. Las viejas murallas que dan al mar de Ragusa (Dubrovnik). Las calles de París, con sus quioscos, sus desvergonzados anuncios, el movimiento rápido de una falda, el remolino del tráfico y las mesitas junto a las que pasarse el día haraganeando.

«No estaría tan mal —pensó Sam—. Me gustaría dedicar unos meses a vagabundear por ahí adelante. Pero no permitiré que Fran me obligue a ser uno de esos expatriados vacilantes, sin hogar, temerosos de la vida, que residen en la Riviera como si estuvieran en un sanatorio para neuróticos. Yo voy a

continuar aprovechando la vida y mi lugar está aquí. Iremos al extranjero, pero la obligaré a luchar para lograrlo o será ella quien domine y lo controle todo. Después volveré aquí y le arrebataré el control a Alec Kynance».

—Ha llegado el señor Kynance —anunció su secretaria.